

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, LEANDRO (1760-1828)

EPÍSTOLAS

EPÍSTOLA I

A D. Simón Rodríguez Laso, rector del colegio de S. Clemente de Bolonia

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, di, que el hombre deba
su fin apresurar? O los que al mundo
naturaleza dio males crueles,
¿Tan pocos fueron, que el error disculpe
con que aspiramos a crecer la suma?
¿Ves afanarse en modos mil, buscando
riquezas, fama, autoridad y honores,
la humana multitud ciega y perdida?

Oye el lamento universal. Ninguno
verás que a la deidad con atrevidos
votos no canse, y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
de rudos troncos, al robusto alcázar
de los tiranos donde truena el bronce,
infelices se llaman. ¡Ay!, y acaso
todos lo son: que de un afecto en otro,
de una esperanza, y otra, y mil, creídos;
hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.

Así buscando el navegante asturo
la playa austral, que en vano solicita,
si ve, muriendo el sol, nube distante,
allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
monte de hielo entre la niebla obscura,
y a esperar vuelve, y otra vez se engaña:
hasta que horrible tempestad le cerca,
braman las ondas, y aquilón sañudo
el frágil leño en remolinos hunde,
o yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazón, única y sola
delicia del mortal; no la consigue

sin que el furor de su ambición reprima,
sin que del vicio la coyunda logre
intrépido romper. Ni hallarle espere
en la estrechez de sórdida pobreza,
que las pálidas fiebres acompañan
la desesperación y los delitos,
ni los metales que a mi rey tributa.

Lima opulenta poseyendo. El vulgo
vano, sin luz, de la fortuna adora
el ídolo engañoso; la prudente
moderación es la virtud del sabio.
Feliz aquel que en áurea medianía,
ambos extremos evitando, abraza
ignorada quietud. Ni el bien ajeno
su paz turbó, ni de insolente orgullo
las iras teme, ni el favor procura:
suena en su labio la verdad, detesta
al vicio; aunque del orbe el cetro empuñe
y envilecida multitud le adore,
libre, inocente, obscuro, alegre vive:
a nadie superior, de nadie esclavo.

¿Pero cual frenesí la mente ocupa
del hombre, y llena su existencia breve
de angustias y dolor? Tú, si en las horas
de largo estudio el corazón humano
supiste conocer, o en los famosos
palacios, donde la opulencia habita,
la astucia y corrupción; ¿hallaste alguno
de los que el aura del favor sustenta,
y martiriza áspera sed de imperio,
que un placer guste, que una vez descanse?

¡Y cómo burla su esperanza, y postra
la suerte su ambición! Los sube en alto,
para que al suelo con mayor ruina
se precipiten. Como en noche oscura
centella artificial los aires rompe.
La plebe admira el esplendor mentido
de su rápida luz; retumba y muere.

¿Ves, adornado con diamantes y oro,
de vestiduras séricas cubierto
y púrpuras del sur, que arrastra y pisa,
al poderoso audaz? ¿La numerosa

turba no ves, que le saluda humilde?
Ocupando los pórticos sonoros
de la fábrica inmensa, que olvidado
de morir, ya decrepito, levanta.

¡Ay!, no le envidies; que en su pecho anidan
tristes afanes. La brillante pompa,
esclavitud magnífica, los humos
de adulación servil, las militares
puntas que entorno a defenderle asisten,
ni los tesoros que avariento oculta,
ni cien provincias a su ley sujetas,
alivio le darán. Y en vano al sueño
invoca en pavorosa y luenga noche;
busca reposo en vano, y por las altas
bóvedas de marfil vuela el suspiro.

¡Oh, tú del Arlas vagaroso, humilde
orilla, rica de la mies de Ceres,
de pámpanos y olivos! ¡Verde prado
que pasta mudo el ganadillo errante,
áspero monte, opaca selva y fría!

¿Cuándo será que habitador dichoso
de cómodo, rural, pequeño albergue,
templo de la Amistad y de las Musas,
al cielo grato y a los hombres, vea
en deliciosa paz los años míos
volar fugaces? Parca mesa, ameno
jardín, de frutos abundante y flores,
que yo cultivaré, sonoras aguas
que de la altura al valle se deslicen,
y lentas formen transparente lago
a los cisnes de Venus, escondida
gruta de musgo y de laurel cubierta,
aves canoras, revolando alegres,
y libres como yo, rumor suave
que en torno zumbe del panal hibleo,
y leves auras espirando olores;
esto a mi corazón le basta... Y cuando
llegue el silencio de la noche eterna,
descansaré, sombra feliz, si algunas
lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

EPÍSTOLA II

A D. Gaspar de Jovellanos

Sí, la pura amistad, que en dulce nudo()
nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
ni la distancia, ni interpuestos montes,
y proceloso mar que suena ronco,
de mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio a mi cariño impuso
el son de Marte; que suspende ahora
la paz, la dulce paz. Sé que en obscura,
deliciosa quietud, contento vives:
siempre animado de incansable celo
por el público bien, de las virtudes
y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
no castigados de tu docta lima,
fáciles versos, la verdad te anuncien
de mi constante fe; y el cielo en tanto
vuélvame presto la ocasión de verte
y renovar en familiar discurso,
cuanto a mi vista presentó del orbe
la varia escena. De mi patria orilla
a las que el Sena turbulento baña,
teñido en sangre, del audaz britano

Dueño del mar, al aterido belga,
del Rhin profundo, a las nevadas cumbres
del Apenino, y la que en humo ardiente
cubre y ceniza a Nápoles canora;
pueblos, naciones visité distintas,
útil ciencia adquirí, que nunca enseña
docta lección en retirada estancia;
que allí no ves la diferencia suma
que el clima, el culto, la opinión, las artes,
las leyes causan. Hallarás sola,
si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
del Tibre, en sus orillas me detiene,
de Roma habitador. ¡Fuésemme dado
vagar por ella, y de su gloria antigua,

contigo examinar los admirables
restos que el tiempo, a cuya fuerza nada
resiste, quiso perdonar! Alumno
tú de las Musas y las artes bellas,
oráculo veraz de la alma historia;
¡Cuánta doctrina al afluyente labio
dieras, y cuántas, inflamado el numen,
imágenes sublimes hallarías
en los destrozos del mayor imperio!

Cayó la gran ciudad que las naciones
más belicosas dominó, y con ella
acabó el nombre y el valor latino;
y la que osada, desde el Nilo al Betis,
sus águilas llevó, prole de Marte,
adornando de bárbaros trofeos
el Capitolio, conduciendo atados
al carro de marfil reyes adustos,
entre el sonido de torcidas trompas
y el ronco aplauso de los anchos foros,
la que dio leyes a la tierra; horrible
noche la cubre, pereció. Ni esperes
en la que existe descendencia oscura,
torpe, abatida, del honor primero,
de la antigua virtud hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
informes masas que el arado rompe,
circos un tiempo, alcázares, teatros,
termas, soberbios arcos y sepulcros;
donde (fama es común) tal vez se escucha
en el silencio de la sombra triste,
lamento funeral, la gloria acuerdan
del pueblo ilustre de Quirino, y solo
esto conserva a las futuras gentes,
la señora del mundo, ínclita Roma.

¿Esto y no más, de su poder temido,
de sus artes quedo? ¡Que no pudieron
ni su virtud, ni su saber, ni unida
tanta opulencia, mitigar del hado
la ley tremenda o dilatar el golpe!

¡Ay!, si todo es mortal, si al tiempo ceden
como la débil flor los fuertes muros,
si los bronce y pórfidos quebranta,

y los destruye, y los sepulta en polvo;
¿Para quién guarda su tesoro intacto
el avaro infeliz? ¿A quien promete
nombre inmortal la adulación traidora,
que la violencia ensalza y los delitos?
¿Por qué a la tumba presurosa corre
la humana estirpe, vengativa, airada,
envidiosa...? ¿De qué? Si cuanto existe,
y cuanto el hombre ve, todo es ruinas.

Todo, que a no volver huyen las horas
precipitadas, y a su fin conducen
de los altos imperios de la tierra
el caduco esplendor. Solo el oculto
numen, que anima el universo, eterno
vive, y él solo es poderoso y grande.

EPÍSTOLA III

A la marquesa de Villafranca

Con motivo del nacimiento de su hijo primogénito, Conde de Niebla

Faltó mi anuncio, y generoso el cielo,
más que yo pude prevenir, destina
felicidades a tu casa ilustre,
cuando de tu cariño el digno fruto,
señora, al mundo das. Juzgué que vieras
tu sexo y gracias repetirse, y toda
tu hermosura gentil, en la querida
prenda que ya dulce te mira y ríe.

¡Oh, vana predicción! Mayor cuidado
merece al Numen que sustenta el orbe
de los Toledos la prosapia excelsa
premios más altos la virtud merece,
el tierno y casto amor, la no manchada
pureza conyugal. Mira cumplidos
los votos ya de tu feliz esposo,
y los tuyos también, y los de tantos
pueblos que en ti ven su señora y madre.

Ése que duermes en ebúrnea cuna
pequeño infante, es un Guzmán; de aquella
estirpe clara sucesor que un día
fue de la patria impenetrable escudo,

y en su defensa derramó inflexible
la propia sangre. De Tarifa el alto
muro, sitiado de agarenas huestes,
supo guardar su generoso abuelo.

Vio de cadenas sin piedad ceñido
el joven infeliz, oyó sus voces,
y el ruego y llanto de doliente esposa,
y supo ser leal. Le ofrece el moro
pactos indignos, y amenaza al cuello
del inocente, si Guzmán resiste;
él se descíñe la temida espada,
la tira al campo y, si no quieres, dijo,
la tuya ensangrentar, ésta es la mía.

¡Oh constancia! ¡Oh valor! Vive precioso
niño, y el claro ejemplo que los tuyos,
Te dan, imita. Vive, si de tanta
ilustre acción te ha de inflamar la gloria.
Que ya del vicio y corrupción infame
harto el estrago se difunde y crece.

La disciplina militar, el celo
por el público bien, costumbres puras
faltaron... Vive: que la patria nuestra,
honor, virtud, Guzmanes necesita.

EPÍSTOLA IV

Príncipe de la Paz

Dedicándole la comedia de la Mogigata.

Esta que me inspiró fácil Talia
moral ficción, y aguarda numeroso
pueblo que ocupe la española escena,
voz adquiriendo, movimiento y formas,
hoy te presento con afecto puro
de gratitud y amor: que en vano aspiro
por otra senda a la difícil cumbre
subir del Pindo, en vano; y muchas veces
lloré burlado el atrevido intento.
¡Cuántas, pulsando las aonias cuerdas,
quise prender con números suaves
la esquiva hermosa, que en silencio adoro,
y la voz imitar y la armonía!

Que un tiempo el eco en la floresta verde
repitió del Zurguén. Quise, animado
de más sublime ardor, sonando Clio
la trompa que marcial ira difunde,
de España celebrar los altos triunfos.
De el cuello altivo sacudiendo rota
la bárbara coyunda: en las arenas
de Libia ardiente, el vencedor vencido;
Numancia satisfecha en el estrago
de la soberbia Roma, abandonada
al espantoso militar desorden:
dueño Cortés del estandarte de oro
en los valles de Otumba, y a sus plantas
el cetro occidental. Pero ofendida
culpo mi error la Musa de Menandro,
y la cítara y flautas pastoriles
quitome airada, y el clarín de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo
que te indica mi voz, si honor procuras
que a pesar del silencio de la muerte
haga tu nombre eterno. Yo amorosa
una y mil veces en tu labio infante
dulce beso imprimí, y al repetido,
celeste arrullo que entoné, dormías.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
y en ti los que vertió propicios dones
naturaleza, cultivar me plugo.

Ya con festiva aclamación sonando
la patria escena, en su alabanza justa
tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre
del sagrado Helicón, que Cintio baña
con su luz inmortal, las Musas bellas
de yedra y lauros te darán corona.
No te ofenda, señor, si tan humilde
tributo te consagro; ¿y cual sería
de la grandeza de tu nombre digno?

Limitado es el don, rico el deseo;
y no bastando a más la vena estéril,
cuanto puedo te doy. Así postrado
ante las aras que levanta rudas,
suele el cultor acumular los frutos
sencillos de su campo, y los ofrece

al alto numen tutelar que adora,
y aromas vierte agradecido, y flores.

EPÍSTOLA V

El coche en venta

Quiero contarte
que Don Miguel,
aquel pesado
que viste ayer,
me está moliendo
mas ha de un niel,
sin ser posible
zafarme de él,
para que compre
(Mal haya, amen)
sus dos candongas
y su cupé.

Esta mañana
salí a las diez
a ver a Clori
(No lo acerté)
horas menguadas
debe de haber.
Íbame aprisa
hacia la Red
y en una esquina
me le encontré.

Fueron sin duda
cosa de ver
las artimañas,
la pesadez,
los argumentos
que toleré,
el martilleo
de somatén,
y las mentiras
de tres en tres.

-Y, no hay remedio,
ello ha de ser
porque, amiguito,

mirado bien
sale de balde.
Parece inglés:
la caja es cosa
digna de un rey,
¡qué bien colgada!
¡Qué solidez!

Otra más cuca
no la veréis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
muy bien pagadas
en Aranjuez,
y a los dos meses
llegó a ofrecer
el marquesito
de Mirabel,
(Sobre la suma
que yo solté)
catorce duros
para beber,
a un chalan cojo
aragonés,
que vive al lado
de la Merced.

Son dos alhajas
no hay que tener,
fuertes, seguras,
de buena ley.
Con que el Domingo
puede a las seis
ir a mi casa:
yo os dejaré
las señas... Pero...
¿Tenéis papel?

-No tengo nada,
ni es menester:
dejadme vivo
sayón cruel.
Si ya os he dicho
que no gastéis
saliva y tiempo.
Si no ha de ser.

Si por no hallaros
segunda vez,
solo, sin capa,
me fuera a pie,
hasta la turca
Jerusalén.

-¿Y te parece
que le ahuyente?
Nunca un pelmazo
llega a entender,
lo que no cuadra
con su interés.
Quise cansarle;
me equivoqué.

Sigo mi trote,
sigue también,
suelto de lengua,
ágil de pies;
siempre a la oreja
como un lebrel.

Lloviendo estaba
y a buen llover,
calles y plazas
atravesé,
charcos, arroyos...
Voy a torcer
por la bajada
de San Ginés,
hallo un entierro
de mucho tren;
muerto y parientes
atropellé.

Él, por seguirme,
dio tal vaivén
a un Reculillo,
que sin poder
valerse, al suelo
cayó con él.

Tanta del fraile
la rabia fue,
tal cachetina

siguió después;
que malferido,
zurrado bien,
allí entre el lodo
me le dejé.

EPÍSTOLA VI

Al Príncipe de la Paz

Buscando alivio a mi salud endeble,
me vine a guarecer en la aspereza
de estos peñascos, del ardor estivo
que hoy enciende a Madrid. Quietud, silencio,
Paz en el alma, soledad quería,
frescura y sombras. Encerré con llave
los doctos libros, que el talento ilustran,
y el vigor al estómago destruyen.
Hogar quise y vivir; y apenas llego
a las orillas que fecunda el Arlas,
coronada la sien de humildes, juncos,
inesperada pesadumbre altera
mis honrados propósitos. ¿Adónde
sabré ocultarme, si habitando ahora
rústico albergue, defendido entorno
de precipicios y fragosas cumbres,
aquí me induce a traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
una vez y otras muchas al cuitado
que no tiene comercio, hacienda, casa,
ni oficio, ni pensión, ni renta, y vive
tranquilo; en tanto que la numerosa
turba a quien debe el aire que respira,
se afana en perseguirle. El escribano
le cita, el alguacil le acecha y busca,
manda Marquina que sus deudas pague,
y no las paga: al soberano acuden,
manda que pague, y su pobreza extrema
privilegio le da seguro y cierto
de no pagar jamás. Yo así, fiado
de la ignorancia que padezco y lloro,
venerando el precepto que me impone
mi generoso protector; me eximo
de obedecerle. Si entender pudiese

lengua que no aprendí, traduciría
en culta frase de León y Herrera
los garabatos que del norte frío
vienen al Tajo mendigando ahora
glosa y comentador. O si aspirase
a conseguir, sin merecerle, el nombre
de poligloto y helenista insigne;
amigos tengo, y con ajenas plumas
me presentara intrépido y soberbio,
y la alquilada erudición pudiera
valerme aplauso entre la plebe osada
de los pedantes, cuya ciencia es solo
mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte
supe adquirir. Mucho talento anuncia,
mucha constancia y dirección prudente,
el acercarse de Minerva al templo.
La vida es breve: el límite se ignora
que debió a su Hacedor la siempre varia,
robusta en producir naturaleza.
Las artes que la imitan, aspirando
a conseguir la perfección; desisten
a su vista confusas y cobardes
del atrevido intento. Un primor solo,
una sola verdad, a sus alumnos
cuesta prolijo afán, y aquel que logra
adelantarse en la difícil vía,
a los que siguen con incierta planta
el mismo generoso intento, adquiere
ilustre honor que en las edades vive.

Sabio le llama el mundo, porque en una
ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos;
no porque en ella al término llegase:
que inaccesible de los hombres huye.
Solo el pedante vocinglero, hinchado
de vanidad y ponzoñosa envidia,
todo lo sabe. En el café gobierna
los imperios del orbe, y mientras bebe
diez copas de licor, sorprehende, asalta,
gana de Gibraltar el puerto y muro.

Consultadle, señor, veréis que pronto
cubriendo el mar de naves españolas,
sin fatiga, sin gasto, a Irlanda ocupa,

y los tesoros de Jamaica os pone
En la calle mayor. ¿Queréis oírle
por tres horas no más? Latín, tuderco,
árabe, griego, mejicano y chino,
cuantos idiomas hay, cuantos cuentos pudiera
haber, los sabe. Erudición, historia,
náutica, esgrima, metalurgia y leyes:
en todo es superior, único y solo.

Poco estima a Mozart: nota con ceño
que Cimarosa en tal o tal motivo
no estuvo muy feliz. Habla y decide
en materia de escorzos y contrastes,
tonos de luz, degradación de tintas,
pliegues y grupos. Convulsión padece
con el silabizar de Garcilaso,
¡Tan delicado tímpano es el suyo!

Las faltas ve de propiedad y estilo
en que se deslizó la mal tajada
péñola de Cervantes..., vive insigne
honor y gloria de la edad presente,
para instrucción común: esplendorosa
lámpara no te apagues. Yo, que admiro
la vasta enciclopédica doctrina,
que ostentas en banquetes clamorosos;
no te la sé envidiar: y si consigo
que alguna vez mi rudo verso escuche
aquel que alivia el grave peso a Carlos
en la dominación de tanto imperio,
a más no aspira mi talento humilde.

EPÍSTOLA VII

El filosofastro

Ayer Don Ermeguncio, aquel pedante
locuaz, declamador, a verme vino
en punto de las diez. Si de él te acuerdas,
sabrás que no tan solo es importuno,
presumido, embrollón; sino que a tantas
gracias añade la de ser goloso,
más que el perro de Filis. No te puedo
decir con cuantas indirectas frases,
tropos elegantes y floridos,

me pidió de almorzar. Cedí al encanto
de su elocuencia, y vieras conducida
del rústico gallego que me sirve,
ancha bandeja con tazón chinesco
rebosando de hirviente chocolate;
(Ración cumplida para tres prelados
benedictinos) y en cristal luciente,
agua que serenó barro de Andújar
tierno y sabroso pan, mucha abundancia
de leves tortas y bizcochos duros,
que toda absorben la poción suave
de Soconusco, y su dureza pierden.

No con tanto placer el lobo hambriento
mira la enferma res, que en solitario
bosque perdió el pastor; como el ayuno
huésped, el don que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
altos elogios hizo del fragante
aroma que la taza despedía,
del esponjoso pan, de los dorados
bollos, del plato, del mantel, del agua;
y empieza a devorar. Mas no presumas
que por eso calló: diserta y come,
engulle y grita, fatigando a un tiempo
estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando
vengan al caso o no, godos y etruscos!

Al fin, en ronca voz: ¡Oh! Edad nefanda,
vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción! Exclama; y de camino
dos tortas se tragó. ¡Qué a tanto llegue
nuestra depravación, y un placer solo,
tantos afanes y dolor produzca
a la oprimida humanidad! Por este
sorbo llenamos de miseria y luto
la América infeliz, por él Europa,
la culta Europa, en el oriente usurpa
vastas regiones; porque puso en ellas
naturaleza el cinamomo ardiente:
y para que más grato el gusto adule
este licor, en duros eslabones
hace gemir al atezado pueblo,
que en África compro, simple y desnudo.
¡Oh! ¡Qué abominación! Dijo, y llorando

lágrimas de dolor, se echó de un golpe
cuanto en el hondo cangilón quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
llanto causa también, de mármol eres:
que es mucha erudición, celo muy puro,
mucho prurito de censura estoica
el de mi huésped; y este celo, y esta
comezón docta, es general locura
del filosofador silo presente.

Más difíciles somos y atrevidos
que nuestros padres, más innovadores,
pero mejores no. Mucha doctrina,
poca virtud. No hay picarón tramposo,
venal, entremetido, disoluto,
infame delator, amigo falso,
que ya no ejerza autoridad censoria
en la Puerta del Sol, y allí gobierne
los estados del mundo: las costumbres,
los ritos y las leyes mude y quite.

Próculo, que se viste y calza y come
de calumniar y de mentir, publica
centones de moral. Nevio, que puso
pleito a su madre y la encerró por loca,
dice que ya la autoridad paterna
ni apoyos tiene ni vigor, y nace
la corrupción de aquí. Zenón, que trata
de no pagar a su pupila el dote,
habiéndola comido el patrimonio
que en su mano rapaz la ley le entrega,
dice que no hay justicia, y se conduele
de que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
las gracias de su esposa, solicita
una insignia de honor. Camilo apunta
cien onzas, mil, a la mayor de espadas,
en ilustres garitos disipando
la sangre de sus pueblos infelices;
y habla de patriotismo... Claudio, todos
predican ya virtud, como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
Dichoso aquel, que la practica y calla.

EPÍSTOLA VIII

A un ministro: sobre la utilidad de la historia

Ya el invierno de nubes coronario,
detuvo en hielos su corriente al río:
brama el Boreas. Felices
campos, adiós, y tú, valle sombrío,
a los placeres del amor sagrado,

Venus hoy te abandona y los Amores,
y el sol, cercano al capricornio frío,
de la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora
así pase la edad, si los mejores
instantes que arrebatara,
negamos del estudio a las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
la razón conducida,
recibe del saber altas ideas.

En la carrera incierta de la vida
dirigir puede al hombre, y enemigo
del ocio torpe y la ignorancia oscura,
o le presta consuelo
en la adversa ocasión, o le asegura
el favor de la suerte:
justa obediencia, y justo imperio enseña.

Si a ti benigno el cielo
miró al nacer y hoy colma de favores;
pues no a las letras proteger desdeña
tu mano generosa,
ellas su auxilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
la senda peligrosa
de la fortuna encontrarás cubierta:
ni el timón abandona el marinero,
por más que el viento igual, propicio espire.

Docta la historia, ejemplo verdadero
a tu razón presente,
de lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
Mira en ella los pueblos más famosos
que redimen sus fastos del olvido,

si políticos ya, si belicosos,
a tanta gloria, a tal poder llegaron
si en ellos se admiraron
justicia, humanidad, costumbres puras,
si fue de la virtud asilo el trono;
si la ignorancia, las venganzas duras,
el ocio corruptor, el abandono,
dieron causa a su estrago.

Ya no existís, naciones poderosas,
vuestra gloria acabó. Tyro opulenta,
Persépolis, y tú, fiero Cartago,
enemiga del pueblo de Quirino,
ya no existís. Dudoso el caminante
en hórrido desierto
os busca, y el bramido
de las fieras le aparta. La corriente
sigue al Eúfrates que tronando suena,
y el lugar desconoce
donde la Asiria Babilonia estuvo
que al héroe macedón miró triunfante.
Hoy cenagosos lagos, corrompido
vapor, caliente arena,
áspera selva, inculta, engendradora
de monstruos ponzoñosos
encuentra solo; y la ciudad que pudo
del vencedor romano.

El yugo sacudir, Palmira ilustre,
yace desierta ahora,
sus arcos y obeliscos suntuosos,
montes son ya de trastornadas piedras,
sus muros son ruinas.
Hundió del tiempo la invisible mano
entre arbustos estériles y hiedras,
los pórticos del foro
en columnas de Paro sostenidos,
basas robustas y techumbres de oro
donde el arte expresó formas divinas...
¡Memorias de dolor! Allí apacienta
su ganado el zagal, y absorto admira
como repite el eco sus acentos,
por las concavidades retumbando.

De tal desolación la causa mira,
no tanto en los opuestos elementos

embravecidos, cuando
al austro obscuro el aquilón compite,
y Jove en alto carro conducido
fulmina a los alcázares centellas:
o cuando en las cavernas oprimido
del centro de la tierra, el fuego brama
con rumor espantoso,
y en su reventación muda los montes,
ciudades arruina,
hierbe el mar proceloso,
y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
sí a la maldad declina;
desconociendo términos, excede
a las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron
las leyes, el pudor, y los robustos
imperios de la tierra
debilitó cobarde tiranía:
las delicias funestas enervaron
el amor de la paria, el ardimiento,
la disciplina militar y el día
llegó terrible de discordia y guerra,
que al orgullo mortal previno el hado,
para ejemplo a los siglos espantoso.

Y como desatado
suele el torrente de la yerta cumbre
bajar al valle, y resonando lleva,
roto el margen con ímpetu violento,
árboles, chozas, y peñascos duros,
rápido quebrantando y espumoso
de los puentes la grave pesadumbre,
y la riqueza de los campos quita,
y soberbio en el mar se precipita;
así, barbaras gentes, descendiendo
del norte helado en multitud inmensa
contra la invicta Roma, estrago horrendo,
muerte y esclavitud la destinaron;
y al orbe que oprimió dieron venganza.

Así, en edad distinta,
osado el Trace, sin hallar defensa,
excediendo el suceso a la esperanza,
trastornó los imperios del oriente,

el trono de los Césares, la augusta
ciudad de Constantino.

Grecia humilló su frente:
El Araxes y el Tigris proceloso,
con el Jordán divino
que al mar niega el tributo,
las Arabias y Egipto fabuloso,
en servidumbre dura
cayeron y opresión. Gimió vencida
la tierra que llenó de espanto y luto,
de sus vagos ejércitos impíos
la furia poderosa.

Mas como suele en los despojos fríos
que al sepulcro voraz lleva la muerte,
buscar alivios a la frágil vida
la física estudiosa;
tú así, en la edad pasada examinando
de tantos pueblos la voluble suerte,
las causas de su gloria y su ruina;
propio escarmiento harás la culpa ajena,
experiencia el aviso,
y natural talento la doctrina.

Verás entonces que el que sabe impera,
y en medio de las dichas preparando
el animo robusto
contra la adversidad, o la modera,
o la resiste intrépido. Que el mando
es delicioso; si templado y justo
la unión social mantiene,
los intereses públicos procura,
la ley se cumple, y ceden las pasiones.
Que el poder, no en violencia se asegura,
ni el horror del suplicio le sostiene,
ni armados escuadrones;
pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones
ejemplo das. Tú la virtud obscura,
tú la inocencia amparas. Si olvidado
el mérito se vio, tú le coronas:
las letras a tu sombra florecieron,
el celo aplaudes, el error perdonas,
y el premio a tus aciertos recibiste

en placer interior que el alma siente.

¡Oh! Pues tan altos dones mereciste
al numen bienhechor, que generoso
igualó con tus prendas tu fortuna;
roba instantes al tiempo presuroso,
ilustrando la mente
con nuevas luces si te falta alguna.

EPÍSTOLA IX

A Andrés

¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones
a mi dictamen acceder sumiso?
¿Tan dócil es tu amor? ¿O tan dudoso
el mérito será de tu futura
Doña Gregoria, que el quererla mucho,
o no quererla, de mí voz depende?

En fin, si mi opinión saber deseas
te la diré; pero el asunto es grave
y toca en la moral filosofía,
no se diga de mí, que en delicadas
materias uso de pedestre estilo
y frase popular. Tú, que las noches
pasas leyendo la moderna solfa
de nuestros cisnes, y por ella olvidas
de Lope y Laso la dicción, escucha:
que en la misiva que a copiarte empiezo,
mi dictamen te doy, no te conjuro.

«Si, tus abriles, bonancibles años,
»que meció cuna en menear dormido,
»del bostezarte sueñecito umbratil;
»huyen, y huyendo, amigo Andrés, no tornan.
»¿Qué nube de esperanzas y deseos
»te halaga enderredor? ¡Ay! teme, teme
»letargoso placer, velar cargoso
»y rugosa inquietud que a par te cercan.

»Entra amigo en ti mismo, o si te place
»huye dentro de ti: consulta un rato
»la sensatez en lóbrego silencio,
»y hondamente exclamante ella te aleje

»de la deshermandad desamistada,
»que los cuidados cárdenos profusa.

»Presto será que el pestilente soplo
»del ejemplo mortal de un mundo infecto,
»arideciendo el alma infructuosa,
»sin esperanza la semilla ahogue
»que natura plantó: ni el freno triste,
»ni el helado compás de la prudencia,
»su vividor hervir harán que cese.

»Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,
»la dócil caña en gratitud riendo
»dulce; como de leve niebla umbría
»el insensato orgullo. Infortunado
»clima aridece ya con sus heladas,
»crujientes pesadumbres, y fraguras,
»el numen invernal: llegan las horas
»de hielo y luto, y se empavesa el cielo.

»Salud, lúgubres días, horrorosos
»aquilones, salud; que ya se cubre
»selvosa soledad de nieve fría,
»y el alto sol mirándola se embebe.

»Ábrego silvador, cierzo bramante,
»y a la tormenta, excitan borrascosa
»soplan el solo de venganza, y nubes
»obscuras en los vientos cabalgando,
»bañan y abisman los tranquilos surcos.

»Empero ley primaveral que vuelve,
»dócil se presta al orearte soplo
»del aura matinal: cuanto es so el cielo
»todo anuncia, placer: la etérea playa
»velada en esplendor, colma la selva
»de profusión fragante, los soplillos
»del favonio y el beé de las simplillas
»corderas, que yerbilla pastan verde.

»¡Oh coronilla! A ti también te veo,
»y la sien de la espiga; aunque levante
»el abrojo su frente ignominiosa.
»Las fuentes, los arroyos saltadores,
»sierpes de nácar, con albores giran;
»forman torcidas calles, y jugando

»con las flores se van. Canta el pardillo
»y ledo mira al sol, vuela y se posa,
»o al vislumbrar de la modesta luna,
»le responde la eco solitaria.

»La estación estival empós se sigue,
»y el agosto abrasado ahoga las flores
»con ardor descollante. Palidece
»el musgoso verdor, oigo quejarse
»en seco son el vértigo del polvo;
»y lo que por doquier bañado en vida
»el céfiro halagaba, estinto yace.

»El sol en su hosquedad desjuga el suelo,
»y mientras amiga la espigosa Ceres
»con la pecha del trigo desuraña
»al cultor fatigado; los umbrosos
»frescores, el postrer aliento ríen.

»Luego con sus guirnaldas pampanosas,
»octubre empampanado, en calma frente,
»la alegría otoñal nos da que vuelva:
»a la esperanza la corona el goce,
»y la balanza justa al sol voluble
»ya le aprisiona en sus palacios frescos.

»Cefirillo tal vez enamorado
»de alguna poma, bate el ala, y llega,
»y la besa, y la deja, y toma, y mece
»las hojitas, y bulle, y gira, y para,
»y huye, y torna a mecer... Dejad que ciña
»la temulenta sien, ¡oh, Ninfas blondas!
»Mil veces Evohé... Cien copas pido,
»y empós, y a par, y cabe mí colmadlas,
»y otras ciento me dad... Así natura,
»las leyes no exorables acatando,
»próvida el perenal destino sigue,
»engranando los seres con los seres;
»que unos de otros empós, en rauda marcha,
»crecen, y llegan, y los tragan, y huyen.

»¡Ay! ¡Amigo hermanal! Cauto desoye
»luengos transportes y cobarde miedo,
»que a la infantina juventud apena.
»Se alejan ya los intornables días,
»tremolando el terror. Ocia; si es dado;

»no quieras zozobrar en el arrollo,
»con los reverses reluchando indócil.

»¿Ves la rueda insociable de fortuna
»resaltar vacilante, en rechinido,
»y agudo retañir? ¿Y como torva
»la insaciabilidad del oro insomne,
»la avaricia clavó dentro del pecho?
»¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,
»riendo muertes, profusas protervias,
»y el puñal del desprecio, la ponzoña
»de la doblez, los hielos del olvido,
»que la alma fuente del sentir cegaron?

»Heme en fin junto a ti: que ya te tiendo
»un brazo de salud. ¡Ay! No disocias
»a la fiel confianza de tu frente.
»Con el destilo escuda la dureza,
»y flecha tu interior con las memorias.
»No el díscolo interés soplando estéril,
»impida de tu pecho al golfo umbrío,
»que en claridad lumbrosa se desnuble.

»El hombre es solo quien guarnece al hombre,
»mi buen Andrés. No marques en oprobio
»tu vivir breve: al sexual cariño
»el brutal apetito rinda el cetro,
»y cubre con tu mano tu deshonor.
»Que en cuanto vieres navegar los astros,
»verás, ¡ay, ay, ay, ay! que es llanto el gozo:
»que las pasiones para siempre yacen,
»yacen, sí, yacen: a la tumba lleva
»el frío de el no ser: entre orfandades
»pasea en espectáculo profundo
»la muerte el carro, y propiciar no puede
»más al mortal que suspirar deseos.»

¿Me has entendido Andrés? Si reconoces
que de tan inhumana jeringonza
nada se entiende, y te quedaste a oscuras;
quema tus libros y renuncia al pacto,
y hasta que aprecies el hablar castizo
de tus abuelos solterón te queda:
y que Doña Gregoria determine
lo que la esté mejor. Si mi discurso,
enfático, dogmático, trifauce,

te ha parecido bien, y en él admiras
repetido el primor de tus modelos;
no te detengas: cástate esta noche,
y larga sucesión te den las Furias.